

HOMENAJE A PEPE EL DE LA MATRONA

EL homenaje a Pepe el de la Matrona ofrecido por un amplio número de amigos y profesionales del mundo flamenco tuvo cumplida respuesta entre el público madrileño, que asistió al teatro Monumental cubriendo al tope sus innumerables butacas, según me pareció. Colaboró al éxito de la noche el amplio y excelente cartel anunciado, y aunque no estuvieron nombres que se barajaron en las notas dadas a la prensa —Paco de Lucía, Manolo Sanlúcar, Cepero, Pepe el Culata y Concha Vargas—, la actuación de los que asistieron fue ampliamente nutrida y representativa. Tanto que la noche se hizo corta para los que estamos acostumbrados a esas noches de cante de los festivales andaluces, en que los artistas disponen —si bien cada vez menos— del tiempo necesario para buscar dentro de sí y llegar a darnos en algún momento lo mejor que cada uno posee. El tener que acabar a una hora reglamentada no es más que uno de los inconvenientes a que se ve sometido el flamenco en los teatros.

Hay que decir que a pesar de la necesaria brevedad de las actuaciones, que convierten estos festivales madrileños en una especie de muestrario, la calidad de lo que se dio mantuvo en todo instante un nivel entre bueno y excelente. No se puede dar más en estas condiciones, que no son, desde luego, las de la fiesta flamenca, tal como nos la diera hace unos días la familia Montoya en el Alfíl con La Negra al frente en la primera parte del espectáculo de Lole y Manuel.

Junto a los cabales de siempre se dio un público predominantemente joven, sin que apenas se produjeran desacuerdos dado el digno nivel de calidad que unificó las diferentes técnicas y procedimientos expresivos de los artistas, todos los cuales actuaron desinteresadamente. Si hubo desacuerdo con una de las piezas de Serranito, cargada de algún virtuoso efectismo, en la que la guitarra flamenca se apoderaba de coplas y músicas de otras regiones y países, cosa que no es nueva en este arte acaparador e integrador. Es loable que la sonata de nuestros días —como anteaer— funda en sus fuegos los metales que se le alcanzan a la búsqueda de las propias

aleaciones y necesidades comunicativas. Al final, todo depende de lo flamenco que sea el señor que le da a las cuerdas. Hubo también otra guitarra solista excelente, la de Enrique Melchor, hijo de Melchor de Marchena, al que deseamos toda la independencia del mundo con su instrumento, sin que por ello dejemos de desear que continúe al mismo tiempo acompañando con la inspiración y el seguro diálogo que ofreció siempre Melchor a los cantaores, cosa que puede hacer. Así lo hizo Pepe Habichuela, y lo hace siempre porque es uno de los guitarristas jóvenes en quien la rebeldía —al margen del valor de las modas— se produce también, pero desde dentro siempre de la contención y densidad flamencas que caracterizan a la escuela de su apellido. En cuanto a Perico el del Lunar, no hay ningún problema en esta ocasión, pues su toque melancólico y medido cono-

nada más, pero que rompió con ello el primer fuego de la noche, siendo aplaudida con entusiasmo. De lo que hay que alegrarse, porque a Carmen no se le han dado aún las posibilidades de tiempo y libertad en escena que necesitaría para demostrar sus capacidades y sensibilidad en los cantes por soleá y seguiriya. José Menese, cuyo poder de convocatoria se palpaba en la sala, cantó temas rabiosamente actuales, como otros muchos nuevos que le hemos escuchado este año. En estos temas, el letrista y compañero de quehacer artístico, Paco Moreno, aborda aspectos cada vez más urbanos, asumiendo un lenguaje heterodoxo. Lenguaje en el que se ve que forcejea para que siga siendo accesible dentro del mundo rural —cosa que no logra siempre ni en ocasiones es necesario o posible— y para el que ya existe en la obra del cantaor y el poeta un buen

de su formación artística. Lo que no quita para que ahora nos ofreciera en su personalísimo estilo esa joya de fandangos que hay que llamar morentinos porque ya tienen seguidores, y que son, más allá de su peligroso y difícil virtuosismo, una verdadera obra de orfebrería flamenca y asombroso dominio de su oficio. ¿Que es bueno cantar por seguiriya y por soleá? Sí, pero hay que chuparse los dedos si se nos canta como lo hicieron Rafael Romero por cañas y tientos y Juan Varea por malagueñas. Viejos maestros, saben muy bien lo que cantan, y junto a Miguel Vargas, que acaso cosechó los mayores aplausos de la noche con su depurado estilo mairenero, demostraron que no porque Zambra —el tablao— esté cerrado los artistas que allí cantaban no van a seguir en pie y sin claudicaciones. Y para que no faltara nada en la fiesta, el cante de la sanluqueña María Var-



El cantaor, en tres etapas distintas de su vida.

ce perfectamente a los cantaores de Zambra, y supo acompañarlos con justeza a cada uno de ellos.

Una cosa que ennoblece un festival es que se cante por soleá, cuando es más fácil acogerse a otros palos de mayor efecto y facilidad para un público poco iniciado. Se cantó bastante y bien, en general, por parte de todos los cantaores que se acogieron a este serio cante matriz, que si no recuerdo mal fueron Menese, Miguel Vargas, El Sordera y Carmen Linares, que no interpretó

número de temas magníficamente desarrollados. Seguiremos defendiendo siempre estas aportaciones renovadoras, pese a los autóctonos y encasquillados catadores de las mejores tradiciones en las tierras del Guadalquivir, de quienes también conviene apreclar y valorar gustos que aun dentro de su ámbito, no por hermosos están dejando ya de ser irrepetibles.

Enrique Morente soltó unas emocionadas palabras de reconocimiento a lo que Pepe significó en una etapa como una de las fuentes

gas, que gustó muchísimo e imprimió ritmo y color festero al muestrario, al igual que el jerezano Sordera. Ambos son excelentes buleeros, gitanos como lo pide este cante, siendo El Sordera un curioso ejemplo de cómo estando hecho a pisar tablaos y escenarios sigue cantando sin poderlo evitar con la autenticidad que lo haría entre amigos en una taberna o en casa en una reunión familiar, forzando la voz y exponiendo conforme a las maneras y a la estética caliente de su tierra.



Pepe el de la Matrona, frente al puente de Triana, en Sevilla.

Un acontecimiento cuya total importancia podremos calibrar dentro de poco fue la presencia del grupo granadino Camelamos nacer, en que de un modo explícito un grupo de gitanos nos habla en gitano, en caló, para que nos enteremos de cuál ha sido su historia entre nosotros. Concha Vargas (que no pudo asistir), Gómez de Jerez, El Piqui y Mario Maya, junto al poeta granadino Pepe Heredia, autor del poema-guion sobre el que se ha montado el espectáculo, han creado una historia —la han sacado a la luz del flamenco— en la que se recrean sus peculiares formas de expresión —baile, toque, canto y poesía— en un lenguaje culto que conlleva una reflexión crítica sobre la que habrá que volver.

Y nos quedamos sin escuchar, debido a las limitaciones de tiempo, a Diego el del Gastor, continuador de la famosa escuela de su tío del mismo nombre... Pepe el de la Matrona, del brazo del Sordera y del poeta Fernando Quiñones, que había ido presentando a los artistas, con todos ellos en escena,

cerró el acto con unas palabras que creíamos no iba a poder pronunciar. Como decía después Morente: "Se echó palante con toda la casta", "porque si no; si yo no correspondiera a estas manifestaciones de cariño y de respeto, sería un desagradecido. Así que digo, tengo que decirles a estos señores que yo soy sevillano; pero en Madrid he vivido muchos años y a Madrid le debo todo, y voy por la calle y me paran al cruzar la acera, de manera que a mí me parece que tengo una casa muy grande". Con el público aplaudiendo en pie y emocionadísimo, a Matrona no se le pasó tampoco volverse hacia sus compañeros de arte y fatigas para agradecerles igualmente el homenaje. A Pepe el de la Matrona no se le pasa nada y va adonde haya que ir y está donde haya que estar. Nosotros solamente somos ahora fieles testigos de esos casi noventa años puestos en pie "viviendo de la noche y el día" "porque me educué enfrente de un colegio de pago". ■ FRANCISCO ALMAZAN.

RECUERDOS DE UN CANTAOR SEVILLANO: ENTRE LA HISTORIA Y LA ANECDOTA

La verdad es que hace quince o veinte años el interés por el cante se lo repartían —sin contar, como es lógico, a quienes pertenecían al medio popular que lo cultivaba— entre flamencólogos y señoritos. Existían, claro está, las honrosas excepciones, pero, en general, si uno hablaba con los que suele entenderse entre nosotros por "un intelectual", tenía que andar con cuidado antes de afirmar que el cante era una cosa seria. La "Antología" de Hispavox y el libro "Mundo y formas del cante flamenco", de Ricardo Molina y Antonio Mairena (publicado, nada menos, que en "Revista de Occidente") fueron, probablemente, el punto de partida de una reconsideración del tema en los "medios culturales", donde se han registrado luego muy claros intentos de liberar al cante tanto de la contemplación museística de buena parte de la flamencología como de su asociación automática a las fiestas pagadas por algún señorito. La multiplicación de los tablaos, paralela a la multiplicación de los turistas, no ayudó gran cosa —sino más bien lo contrario— a que se andara por derecho en la comprensión del cante, como tampoco fue positivo que las grandes compañías de "balle español" —con Antonio a la cabeza— cambiaran la verdad y comunicación propia del cante por la exhibición y el espectáculo.

En la lucha por recobrar la conciencia dramática del cante ya digo que ha habido varios intentos muy serios. Tanto en el campo discográfico —y aquí sería necesario citar el "Archivo" de Caballero Bonald—, como en el ensayístico e, incluso, en el teatral y el televisivo, fuentes cotidianas de tanto desmán y desconcierto. Hablo, por ejemplo, de la función del cante en "Oratorio", del Teatro Lebrijano, o de los planteamientos de La Cuadra, de Sevilla; y, en lo que a televisión se refiere, de la interesantísima serie que Pedro Turbica realizó para la Segunda Cadena. Todo ello —y esto es lo más importante— en perfecta conexión con la actitud de una serie de cantaores, famosos o no, cada vez menos dispuestos a prostituirse.

Es en esta perspectiva donde debe situarse el nacimiento de Ediciones Demófilo y de su colección "¿Llegaremos pronto a Sevilla?", cuyo primer volumen, la "Colección de Cantes Flamencos", de Machado y Alvarez, comentó ampliamente Félix Grande en estas mismas páginas.

A la misma colección pertenece "Recuerdos de un cantaor sevillano", dedicado a Pepe el de la Matrona, nacido en 1887 y, por tanto, testigo y personaje de un largo periodo del cante. José Luis Ortiz ha sido quien ha recogido y ordenado cronológicamente las confidencias del viejo cantaor, cerrando el volumen una entrevista "especial" con las opiniones de Pepe el de la Matrona sobre el cante y un artículo del crítico Agustín Gómez. Previamente, un prólogo del propio José Luis Ortiz se encarga de presentar al personaje y de hacernos llegar la atmósfera en que se desarrollaron sus diálogos.

El libro no debe ser tomado como un trabajo de Historia. Es seguro que algunos de los recuerdos del cantaor entrañan puntos de vista estrictamente personales; en definitiva, no se trata de analizar cómo fueron las cosas sino cómo las vivió Pepe el de la Matrona o, como ocurre en sus referencias al concurso granadino del 22, cómo se las contaron algunos de sus protagonistas, en este caso Antonio Chacón.

El carácter anecdótico del trabajo sería, pues, su valor y su limitación. El cantaor va recordando lo que, a su modo de ver, constituye su historia profesional, citando los ambientes y países en que transcurrió, los grandes cantaores a quienes escuchó y todo cuanto, a su juicio, tuvo un acento singular. La limitación del propósito, ya digo, es cierta perspectiva pintoresca, que nos recuerda la que solía aparecer al final de las entrevistas clásicas, cuando, agotadas las preguntas, se le pedía al entrevistado que contara algunas anécdotas.

Pienso, en todo caso, que el libro tiene su interés en esta hora de "rehumanización" del cante, cuando se ha puesto de relieve la necesidad de estudiar la personalidad social de los cantaores, su mundo y sus circunstancias, en lugar de limitarnos al goce y clasificación de su obra. Lo importante sería que, en este sentido, se ensanchara y multiplicara, para ir —sin caer en las confidencias de personajes irrelevantes— confrontando una serie de recuerdos, hasta explicitar en unos pocos libros una historia informal del cante, contada por sus protagonistas.

El hecho de que muchas de las cosas que se cuentan en el libro sean conocidas de cierta minoría, no creo que deba argüirse como un reproche. El libro no está hecho pensando en esa minoría. Aparte de que lo que cuenta es el matiz, la dimensión vivencial que tales hechos tienen a través del recuerdo de Pepe el de la Matrona; un "modo", en fin, de encarar el cante que es, en sí mismo —incluso si no está de acuerdo— un material muy significativo dentro del tema. ■ JOSE MONLEON.